

CAPITULO XLI

¡A LA GUERRA! ¡A LA GUERRA!

MIENTRAS por el frente del Palacio Nacional pasaban los batallones y escuadrones franceses con sus bandas, músicas y *fanfarrias*, haciendo un ruido extraordinario, principalmente con la artillería y los carros del parque, Maximiliano completamente solo en sus departamentos, se paseaba á lo largo de una de las habitaciones que había tenido la precaución de poner á cubierto de todo el mundo, cerradas las puertas con los pasadores interiores. Algun ayudante, algun camarista, algun portero, se encontraban dormitando en los sillones de las antecameras; pero allá, en el departamento del Emperador, no había más que él solo dando vueltas con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Cuando le llegaban los ecos de las músicas ó los grandes ruidos que causaban las cureñas de los cañones, daba las vueltas más apresuradas y hacía esfuerzos para no oír, para no pensar en que el ejército francés, su principal apoyo, se marchaba.

Hubo un momento en que se detuvo junto á un mueble que contenía una cartera con varios papeles y una caja repleta de onzas de oro y cogiendo uno de esos objetos en cada mano dijo:

—¿Qué aguardo, pues? Es preciso irme.

Dejó de nuevo cajas y cartera sobre el mueble y se quedó allí como clavado á la vez que murmuró entre dientes.

—Es el momento en que debo meditar con toda calma sobre mi situación y saber el partido definitivo que debo tomar. Bazaine quiere que me vaya, manifiesta á todos que tiene mucho sentimiento de dejarme, sin poderme prestar ya ninguna protección; me ha hecho saber de un modo muy indirecto que queda hasta mañana en la Ciudadela una fuerte escolta que tiene órdenes de acompañarme si yo quiero partir. Su última tentativa pues para llevarme consigo concluye tal vez mañana. Si yo no acepto esa escolta, la tropa le seguirá pasadas veinticuatro horas y me quedaré abandonado á mi propia suerte. ¿Qué debo yo hacer? ¿Es que Bazaine sinceramente quiere salvarme ó no es más que uno de sus muchos juegos é hipocresías ese gran interés que manifiesta en arrebatarme esta pobre corona que tal vez él soñaba colocar en sus sienes? ¿Es sincero Bazaine ó se quiere vengar de mí por haberme negado siempre á seguir sus inspiraciones? ¿Fué un servidor leal de Napoleón ó es un ambicioso despechado que va maldiciendo de todos los que no le dejamos realizar sus propósitos? ¿Bazaine ha sido para mí un enigma! ¿Qué es lo que realmente ha querido, qué es lo que ha hecho, qué es lo que ha querido hacer? Si vi-

no á sostener el trono y fué ese el mandato que recibió en París, ¿por qué no me dejó formar un ejército mío? ¿por qué no me dejó desarrollar mi política? ¿por qué sembró tantos obstáculos á mi paso? ¿por qué llegó á manifestarse contra mí y contra los míos como si fuera nuestro peor enemigo? Y ahora mismo, ¿cual es el móvil de su conducta? ¿Es por compasión, es por cariño, es por celos ó por odio, por lo que tiene tanto empeño en llevarme? Por cariño no, porque no me quiere, ni nunca le he llegado á inspirar la menor simpatía; por lástima tampoco porque es hombre que por nadie se compadece y por celos y por odio no veo que fuera esa la forma de satisfacerlos. Acaso el sentimiento que lo inspira sea el interés de quedar bien con mi familia ó el afán de cumplir con alguna recomendación de su amo: eso ya lo averiguaremos más tarde: lo cierto es que los repetidos consejos del Mariscal francés diciéndome constantemente que me vaya, me impresionan. ¿Qué me quedo á hacer aquí? ¿Con quienes cuento para sostener esta corona marchita sobre mi cabeza? ¿Con esos hombres llenos de notas negras en mis libros secretos? ¿Con ese puñado de ladrones de conductas, de asesinos, de pequeños ambiciosos dominados por los clérigos que á la vez que son criminales no dan un paso sin llenarse de agua bendita, de silicios y de misas de gracias? ¿Qué especie de corte será la mía, con esos personajes llenos de antecedentes podridos? Márquez, Miramón y Mendez que están hundidos hasta el cuello en la sangre de sus pasiones, Almonte que es un traidor á todas las causas, un venal y un cobarde, y estos y los otros pelucones imbéciles que me rodean han

de ser el sostén honrado de un trono decente? ¿Con quienes he de compartir las glorias de los combates, con quienes he de acompañarme en los festines que me preparen mis súbditos despues del triunfo, con quienes he de reinar? ¿Con Almonte y con Márquez, con Miramón y Mendez, con Mejía y con Uruga? . . . ¿No se reirán de mí á carcajadas todos los monarcas de Europa? . . . Aun estos príncipes, marqueses y condes tronados que me acompañan, no obstante ser quienes son y encontrarse tan desheredados como se encuentran, podrán contener la risa luego que vean que Labastida y Márquez y Miguel López son mis cortesanos? . . . ¡Oh! Bazaine me dice que no debo quedarme aquí; pero no solamente me lo dice Bazaine, me lo dicen los que son leales amigos míos y me lo dice sobre todo el corazón que me atrae á donde está Carlota aunque esté enferma, que me hace lanzar tiernos suspiros ante el recuerdo de Miramar; los únicos que me dicen que no me vaya son los de mi familia que no quieren verme en Austria, ó los que están interesados aquí en que les sirva de instrumento de sus rencores y venganzas. Los comprometidos, los que no tienen más perspectiva que la fuga ó la muerte, son los que me invitan á quedarme, son los que emplean todos sus esfuerzos en convencerme para que no me vaya. . . . ¿Acaso soy yo tambien un imbécil para no comprender cuales son sus miras? ¿Qué aguardo pues, qué espero, por qué no me voy inmediatamente? No tengo que hacer otra cosa sino mandarle un ayudante á Bazaine diciéndole que me espere y él detendrá la marcha de la columna y me esperará. Sí, eso es, primero me visto de viaje, arreglo lo poco que me queda que

arreglar en cinco minutos y en seguida mando decir al Mariscal, que estoy dispuesto á seguirle. Manos á la obra.

Diciendo esto Maximiliano, abrió su ropero, sacó unas ropas y acordándose aun de que era Emperador, corrió el pestillo que tenía cerrada una de las puertas de la habitación y tocó un timbre para que viniera su ayuda de cámara á vestirlo.

Este, presentándose, hizo una profunda inclinación y dijo:

—El señor general Márquez que está allí afuera hace una media hora me ha suplicado que le anuncie con S. M.

—¿Márquez está ahí? preguntó el archiduque á la vez sombrío y como espantado.

—Hace más de media hora, como acabo de decir á S. M.

—¿Y quiere verme? . . .

—Con mucha insistencia suplica que se le anuncie á S. M. Se ha dirigido ya á todas las personas del servicio que ha visto.

—¿Y que se le ha contestado?

—Que S. M. se encuentra indispuerto y que ha dado la órden de que á nadie se deje penetrar á sus habitaciones.

—Y el Dr. Basch y el P. Fischer, ¿dónde están?

—Están en la azotea viendo el desfile de las tropas.

—Bueno: ayúdame á vestir y en seguida te diré lo que has de hacer.

Maximiliano traía puesto un traje de paño fino de corte el cual iba á cambiarse por uno gris un poco militar apropiado para resistir el polvo del camino.

En menos de diez minutos quedó transformado; pero en esos diez minutos mientras Bautista le ponía los pantalones y las botas volvió á hablar consigo mismo de esta manera:

—Yéndome de aquí les habré dado el triunfo en sus propósitos á Bazaine y á Napoleón, que no quieren salvarme á mí sino darles gusto á los Estados Unidos y asegurar el pago de su dinero estableciendo un gobierno mexicano. Bazaine debe estar muy despedido porque seguramente ya estaba muy comprometido con Porfirio Diaz ó con Gonzalez Ortega para entregarles la capital. Yo creo que con quien estaba en arreglos más formales ha sido con Gonzalez Ortega el rival de Juarez. Quitándome á mi de en medio, ya no hay monarquía, ya no hay motivo de desacuerdo con el gobierno de los Estados Unidos y los intereses franceses pueden quedar asegurados. Quedándome yo, la situación es muy diferente para Napoleón: si triunfo faltará á nuestra convención puesto que él ha sido el primero en romperla y cuando yo quiera le reconoceré la deuda y cuando yo quiera también podré amortizarla. Si triunfa Juarez no solo no pagará nada á Napoleón sino que rechazará todo clase de relaciones diplomáticas con su gobierno. Con ninguno de los dos, ni con Juarez ni conmigo tiene Napoleón garantías de volver á sacar un solo peso de los muchos millones que ha gastado en la expedición ni de los empréstitos que se nos han facilitado. La retirada de los franceses sin cobrar nada, sin haber podido asegurar nada para el porvenir, va á ser la ruina y el desprestigio de Napoleón III, tal vez la caída de ese monarca de cartón relleno de

lodo plebeyo y ostentando en el exterior un brillante barniz que se extingue detrás del colorete. Sí, por eso es el empeño que tienen de arrancarme de aquí. No es para salvarme la vida puesto que no me salvan la honra que es lo principal, sino por no verse ellos envueltos en el ridículo del fracaso. Ahora lo que debo resolverme yo mismo es si he de darles gusto yendo á pasear por Europa mi vergüenza y mi cobardía....

Después de un momento de meditación siguió murmurando interiormente.

—Aquí está Márquez.... ¿qué me quiere? Ya sé lo que me quiere. Viene á cuidarme por encargo de los suyos para que al ver partir la retaguardia del ejército frances no me asalte un momento de debilidad y los abandone. No tiene ningún negocio conmigo, estoy seguro, ha de venir invocando cualquier pretexto para poder estar á mi lado en estos momentos en que más necesito ser fortificado con la vana palabrería.... ¿Acaso soy yo un ciego para no ver claramente cual es mi situación? ¿Acaso no sé que estoy entre Scila y Caribdis? ¿Acaso no sé que los franceses quieren llevarme para hacer su negocio y los conservadores de aquí quieren que me quede para hacer el suyo? ¿Pueden estos tener la conciencia de que van á consolidar el trono? No: lo que quieren es que continúe la anarquía para ver lo que pescan.... Yó.... soy en todo esto juego, lo de menos: para los franceses un estorbo para los devotos de aquí una tabla última de salvación. La postrera tentativa la hacen conmigo, si no se les logra como ellos demasiado sospechan que no se les ha de lograr.... ¡muertos para siempre! ¡Jamás volverán á levantar cabeza!

Napoleón quitándome de aquí les ve una orilla á sus millones. Estos macabeos que me detienen se asen á mí como su última esperanza. O se salvan conmigo ó me arrojan al matadero como su chivo expiatorio, porque tal vez yo he de ser la sola víctima. Vamos pues á cumplir con nuestra misión como predestinados perfectos.

Le habían acabado de vestir en este momento y dijo á su ayuda de cámara el húngaro Túdos:

—Que entre Márquez.

El general entró vestido de riguroso uniforme y saludó inclinándose profundamente:

—Majestad....

—General: aquí me tiene usted ya listo para entrar en campaña.

—Precisamente de eso venía á permitirme hablar con V. M. Miramon ha triunfado ya en Zacatecas y no solo ha triunfado, sino que ha estado á punto de tomar prisionero á Juárez. Quizás á estas horas ya lo tenga en su poder....

—¿Será posible? Sabía yo que Miramon había logrado entrar á Zacatecas derrotando á la guarnición republicana; pero ignoraba que fuera en pos del gobierno de Juárez.

—Ha mandado un cuerpo de caballería persiguiendo á Juárez que solo lleva una escolta muy desmoralizada y Miramón con el grueso de su columna, se prepara á hacer frente á Escobedo en combinación con D. Severo del Castillo que manda otra columna de tres mil hombres.

—¿Ha venido algún correo especial?

—Ha llegado un antiguo ayudante mio enviado

por Mejía de Querétaro el cual solo me trae noticias verbales.

—¿De manera que debemos obrar?...

—Cuanto antes si V. M. se digna disponerlo.

—Bueno. Una vez que ya estamos libres de toda liga con los franceses, creo que podemos desarrollar un plan de combate. ¿Cuál es el que le parece mejor á V. E?

—El que tengo ya indicado á V. M. La concentración de Mendez, Castillo y Miramón en Querétaro á donde llegaremos nosotros con cuatro mil hombres. Allí formaremos un ejército de quince ó veinte mil hombres... pongamos que sea solamente de doce, tendremos los cuerpos mejor organizados y los jefes más inteligentes para dar un golpe decisivo en batalla campal á Corona ó á Escobedo. Si nosotros estamos en Querétaro antes de que se reúnan esas dos fuerzas enemigas, que por ahora están diseminadas, habremos triunfado con un solo golpe.

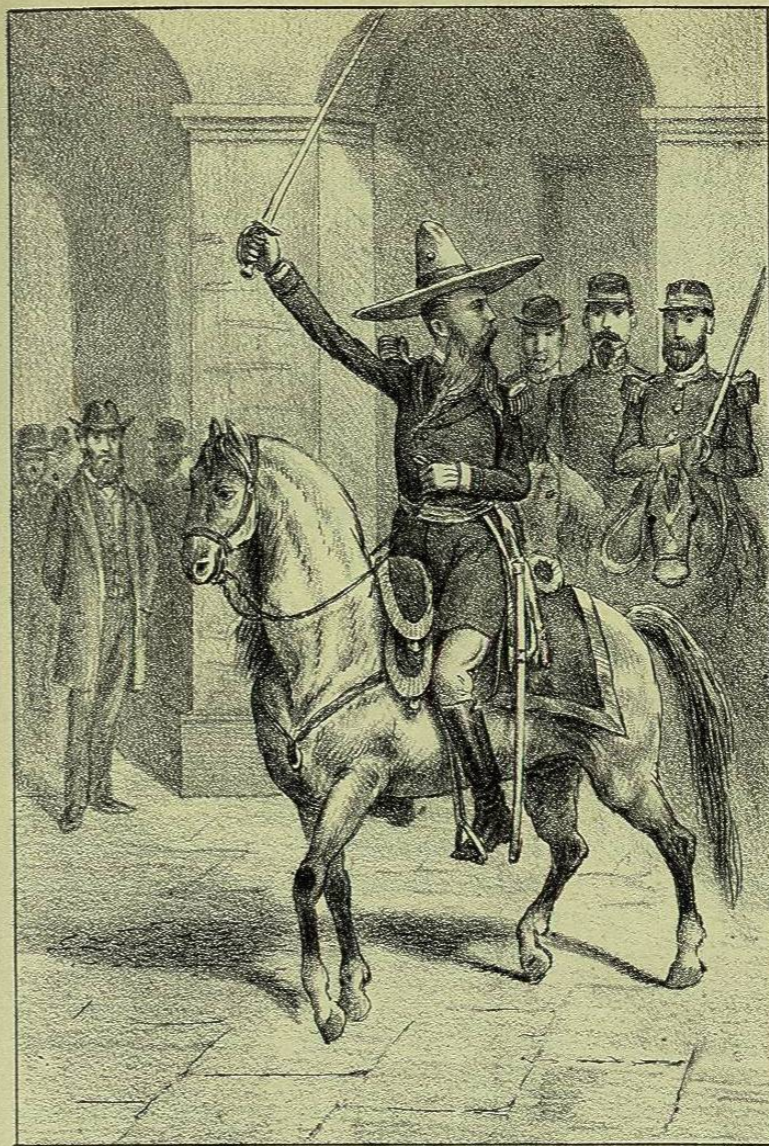
—Me gusta mucho el plan, general, y será el que ejecutemos. Yo quería que saliéramos hoy mismo de la capital; pero...

—¿Hay alguna dificultad insuperable?

—Una muy grande: la falta de dinero.

Márquez inclinó la cabeza.

—Pero yo me encargo de allanarla, exclamó con entusiasmo el soberano. Tengo desde luego en esa cajita ocho mil peses en oro que destinaba para mis gastos personales, entrarán á la caja de guerra y mañana nuestro ministro de hacienda nos conseguirá prestados unos veinte ó treinta mil pesos y con eso tendremos por de pronto para emprender la marcha.



—A la guerra Señores, á la guerra!

Ya en esos momentos el silencio se había establecido en la capital y ni quien se acordara de los franceses que habían salido por la mañana.

Márquez fué y dijo á los ministros de Maximiliano los esfuerzos que había hecho para conseguir que este se detuviera y lo necesario que era que se apuraran los recursos para salir á campaña. Los ministros se esforzaron, pero tuvieron que perderse, á pesar de todas las diligencias, siete días mortales. En estos siete días se supo la noticia de la derrota de Miramón que vino á hacer vacilar otra vez á Maximiliano; pero á poco llegó la de la victoria de Castillo sobre Herrera y Cairo que establecía una buena compensación.

El día 13 llegó Márquez á Palacio y dijo á Maximiliano:

—Señor, ya todos estamos listos.

—Yo también, dijo el príncipe señalando sus arreos militares.

—La división está ya formada.

—Pues vamos.

Entonces Maximiliano montando á caballo en el patio de Palacio, sacando la espada y poniéndose al frente de Ormachea y Pradillo, sus ayudantes, de su médico el Dr. Samuel Basch y de su secretario D. José Blasio, gritó con voz que no era de trueno, pero sin embargo bastante firme:

—¡A la guerra, señores, á la guerra!

